

Rainer Maria Rilke

SIETE SONETOS A ORFEO

Versiones de Francisco Serrano

*A Ilhan, que crece en Berlín.*

1

Creció un árbol ahí. ¡Puro impulso, ascendía!  
¡Orfeo cantando! ¡Oh árbol en el oído!  
Y todo era silencio. Y aunque nada era oído,  
signo y transformación, un comienzo nacía.

Salen de la espesura las bestias silenciosas,  
abandonan el bosque, dejan guarida y nido;  
y no estaban calladas porque hubieran sentido  
—resultó claro— miedo, y no por maliciosas

sino porque escuchaban. Rugir, gritar, rugir  
nimo les parecía. Y no había dónde  
se recibiera el canto, apenas una choza

de pilares inciertos y entrada temblorosa,  
un antro en que el deseo más oscuro se esconde:  
les erigiste un templo donde podrán oír.

2

Y era casi una niña, cual si hubiera salido  
de la felicidad del canto y de la lira,  
que a través de sus claros velos brillante inspira,  
y ella se hizo una cama adentro de mi oído.

Y ella se durmió en mí. Y todo fue su sueño.  
Todos aquellos árboles que siempre me admiraron,  
la distancia sensible, el prado que adornaron  
y cada maravilla que asombraba mi empeño.

Ella dormía el mundo. Oh dios cantor, ¿la hiciste  
de tal modo perfecta para que no anhelara  
despertarse primero? Duerme, ve. ¿Se levanta?

¿Adónde está su muerte? Y tú, oh dios que canta,  
¿qué harías antes que tu canto se agotara?  
¿En dónde se hunde en mí?... Casi una niña... ¿Viste?

3

Lo puede hacer un dios. ¿Mas cómo, dime, solo,  
lo va a seguir un hombre tras de la estrecha lira?  
Su mente está en conflicto pese a lo que lo admira.  
No hay en la encrucijada un templo para Apolo.

Cantar es existencia. Es fácil para el dios.  
Cantar no es un deseo como lo has enseñado.  
No es la pesquisa de algo finalmente logrado.  
¿Pero cuando *existimos*? ¿Cuando se vuelve en pos

de nuestro ser siguiendo la tierra y las estrellas?  
No es lo que amas, muchacho, y aun si la boca sellas,  
tu voz hará que la abras. Lo tienes que aprender.

Olvídate que cantas. Eso se va a perder.  
Pues verdaderamente, cantar es otro aliento.  
Un soplo en torno a nada. Un vuelo en dios. Un viento.

4

Oh ustedes los tiernos, a veces caminando  
en medio del aliento que no los tiene en mente,  
dejen que en sus mejillas se distribuya cuando  
tiemble detrás de ustedes, unido nuevamente.

Oh ustedes benditos, los que han sido salvados,  
que de los corazones el comienzo parecen,  
son el arco y el blanco que las flechas merecen,  
su sonrisa entre lágrimas, rasgos iluminados.

Que no los amedrente sufrir; la pesadez  
deberán devolverla al peso de la tierra;  
pesados son los montes y pesados los mares.

El árbol que plantaste, ligero en la niñez,  
se ha vuelto pesadísimo hoy que al suelo se aferra.  
Ah, pero el aire... los espacios estelares...

5

No erijas monumentos. Permite que la rosa  
a su favor cada año cumpla sus floraciones.  
Pues se trata de Orfeo y sus transformaciones  
en esto y en aquello. No volvamos penosa

la busca de otros nombres. Y entre todas las cosas,  
cuando canta, es Orfeo. Así él viene y se va.  
A veces se demora. ¿Y no es mucho quizá  
si pasa algunos días sobre el cuenco de rosas?

¡Oh, que deba alejarse para que el mundo entienda!

Pues desaparecer no es un tormento vano.

Para que, estando aquí, su palabra trascienda,

se ha ido ya allí donde no lo pueden seguir.

Las rejas de la lira no detendrán su mano.

Va más allá: obediente, no hace más que asentir.

6

¿Pertenece él aquí? No, más allá del cauce

de los dos reinos, crece la amplitud de su ser.

Porque aquél que conoce las raíces del sauce

podrá doblar sus ramas con destreza y saber.

Si te vas a la cama no olvides en la mesa

ni la leche ni el pan: atraen a los muertos.

Pero bajo los párpados y su delicadeza

deja que el exorcista, mezclando descubiertos

trazos de lo visible, muestre su aparición.

La magia de la ruda, la fumaria hechicera

son para él la más clara y veraz relación.

Y nada dañará la imagen verdadera

ya sea de las tumbas o las habitaciones,

—anillo, broche y jarra—de sus invocaciones.

¡Se trata del elogio! Y a ello destinado,  
cual metal de la piedra silenciosa surgió  
su corazón: efímera prensa que maceró  
un vino que a los hombres no se les ha agotado.

En el polvo jamás su voz se ha sofocado  
cuando se adueña de él el ejemplo divino.  
Todo se volvió vino, uva todo devino  
que en el calor del Sur sensible ha madurado.

Ni la sombra que arrojan los dioses inmortales  
ni los cuerpos pudriéndose en túmulos reales  
desvirtúan su elogio entre los mensajeros

(él pertenece ya a los más duraderos),  
que yendo más allá del portal de los muertos  
portan copas repletas de los frutos más ciertos.